

## COMUNICACIÓN

*Jesús Hernández*  
*Magister en Filosofía*  
*Profesor de la cátedra de Ética Escuela de Filosofía*  
*Universidad Católica Andrés Bello*  
*jhernaez@ucab.edu.ve*

### Recuerdos de Sandra Pinardi (1959-2022)

No tengo ni idea de cuándo topé por vez primera con Sandra Pinardi. Fuera cuando fuese, antes de verla ya había oído de ella que era una profesora de la USB y de la Escuela de Filosofía de la UCAB.

Cuando a partir del año 2000 mis encuentros con ella se hicieron casi semanales por razones del oficio, cruzábamos un saludo siempre cordial, y algunas palabras normalmente referidas a sus trajines docentes o a las vueltas y más vueltas que debía dar para trasladarse desde la USB a la UCAB cada lunes por la tarde para atender sus clases de Historia de la Filosofía Contemporánea. Caracas es ciudad que obliga a dar muchas vueltas para ir de un sitio a otro, que propicia y justifica demoras o ausencias laborales a tutiplén y que, por eso mismo, a más de uno terminó, tiempo atrás, por convencerlo de que un modo inteligente y provechoso de evadir tráfico insoportables por horas, consistía en inscribirse en los estudios de Maestría en Filosofía de la USB: primero en Parque Central y después en la Torre La Primera.

Venía diciendo que a Sandra la vi y traté siempre como profesora de Filosofía Contemporánea. Pasando el tiempo, me la tropezaba también en las páginas de algún periódico, en aquellas abultadas ediciones de cinco o seis cuerpos de sábados o domingos o en colaboraciones en libros colectivos dedicados a divulgar las artes o la cultura de Venezuela. Supe, entonces, que Sandra, mujer más sencilla que las cinco vocales, contaba bastante más allá de lo que yo imaginaba. Es que jamás hacía alarde de su valía intelectual: de esta he sabido más después de su muerte que en su vida. Algunas veces me metí en sus

clases. Sucedió que teníamos clase a la misma hora, mis alumnos demoraban en llegar al salón y yo, con su venia, pasaba a ocupar un pupitre y escuchaba atentamente su discurso. Recuerdo bien el día en que sus alumnos le preguntaban una y otra vez qué rayos podía significar o cómo debía entenderse un párrafo o una idea de Heidegger que, por adelantado, les había pedido que leyeran. La habían leído, pero no entendían nada. Llena de paciencia y comprensión, sabedora de que la prosa del pensador alemán espanta a cualquiera, se detenía un poco en poner los antecedentes para una recta comprensión del asunto en cuestión, y después pasaba a explicar o responder lo que las mentes de sus curiosos estudiantes le habían preguntado.

Ese muy suyo proceder pausado, monótono en el preciso sentido de no mezclar sus estados de ánimo -salvo en raras ocasiones debidas a una dolencia corporal-, con asuntos de otra índole, ligeramente sonriente en su semblante, contenido en su expresión de la boca para afuera, soltaba a veces una ráfaga de magma incendiario que no pasaba, en el momento, de fognazo iluminador para quienes conociéndola poco, como yo, adivinábamos en su trallazo verbal una herida, un sentimiento de indignación ante injusticias padecidas de las que no hacía piedra arrojadiza para sentar cátedra y largarse después por donde había venido.

Sandra hablaba y trataba con todo el mundo, si bien solía dejar en claro qué aceptaba y qué no de lo que se le propusiera. Vaya un ejemplo de lo que digo: porque le correspondía según normas escritas o no escritas, la autoridad competente de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCAB hubo de ocuparse de proponer a un director para la Escuela de Filosofía. La tal autoridad decidió, antes de proponerla a instancias superiores, pasar por un Consejo de Escuela a presentar a su candidata: Sandra Pinardi. Todos los asistentes aplaudieron la propuesta. Faltaba, sin embargo, hacérsela saber a la profesora. Esa misma autoridad se lo propuso. Sandra Pinardi no aceptó. Tengo para mí que, además de su preferencia por mirar para otro lado en asuntos burocráticos, Sandra no estaba dispuesta a ver melladas algunas de sus convicciones por ocupar el cargo que se le proponía. Decirlas, tanto como decirlas, no era cosa de su agrado, pero tampoco dejaba de insinuarlas en dos o tres frases que cerraban el asunto sin más rodeos que hilvanar.

Dije antes que he venido sabiendo más acerca de Sandra después de muerta que de viva. Tampoco es mucho, desde luego, pero sí muy significativo. Sandra enfermó seriamente en tiempos de la pandemia del covid. Lo poco que tenía para atender su salud no daba para nada. Gracias a personas que la conocían, debidamente organizadas por una profesora cuyo nombre me reservo porque creo que no es de su agrado verse nombrada aquí, recibió algún alivio. Asistí a su velatorio durante un par de horas en las que convocó a muchas personas que la apreciaban de verdad. Después, fui invitado a un encuentro propiciado por algunos de sus alumnos, con quienes antes de y durante la pandemia realizaba encuentros de estudio, conversación y hermosa amistad que prolongaban, más informalmente, las sesiones formales de clase. Este detalle revela quién era Sandra Pinardi. Tenía, creo yo, un algo de niña buena e inocente pintado en su rostro sereno, gustaba de estar con los demás en sana paz, pero si no había espacio de sana paz, pues se retiraba de una relación y se acabó.

Y ya vale. He dicho de Sandra Pinardi lo que puedo decir sin rodeos ni mayores desaciertos. Hay otros, muchos, que pueden decir de ella más y mejor que yo. Me basta, para terminar, con añadir que se fue revestida de la dignidad con que se van los pobres de este mundo.

Jesús Hernáez